

Historia de un primer fin de semana

Silvia Schujer

Ilustraciones de Nancy Fiorini

loqueleo

PRESENTACIÓN

Violeta es el nombre de una flor color violeta.

Violeta es el color de una flor de nombre violeta.

Pero Violeta, sobre todo, es una nena.

Violeta tiene una hermana más grande que se llama Daniela.

Sí, Violeta y Daniela son hermanas desde que se conocen.

No se llevan demasiado bien. Y tampoco demasiado mal.

Son muy diferentes: una es mayor, la otra menor. Una es un poco gordita, la otra un poco flaca. A una le gustan los caramelos de menta, a la otra, los de frutilla...

Ricardo y María son los padres de Daniela.

También lo son de Violeta.

Ricardo y María se conocieron en la escuela secundaria y después de un cierto tiempo se casaron.

Vivieron los dos solos hasta que nació Daniela. Y cuatro años más tarde, llegó Violeta.

Violeta y Daniela vivieron con sus padres, todos juntos, poco tiempo. Porque algo pasó entre ellos, entre María y Ricardo, que una vez se separaron.

Cuando María se separó de Ricardo y Ricardo se separó de María (porque las personas se separan juntas), Daniela y Violeta creyeron que el mundo se partía en dos. Y que solo podrían quedarse en una de las dos mitades partidas de ese mundo.

Sin embargo no fue así. El mundo es uno solo y no se rompe cuando una pareja se separa. Ni siquiera cuando esa pareja es la de los padres de uno.

Violeta y Daniela tienen un papá que se llama Ricardo. Y una mamá que se llama María.

María y Ricardo no viven juntos, pero tienen dos hijas macanudas con las que pueden compartir muchísimos momentos de la vida.

Y de este libro.



???

??



I
HISTORIA DEL PRIMER
FIN DE SEMANA

De entrada, la del primer fin de semana fue una historia triste para Ricardo.

Y también para María.

Para Violeta y para Daniela.

Y es que el primer fin de semana de nuestra historia es la historia del primer fin de semana en que Ricardo estuvo solo con las nenas.

Solo con Violeta y con Daniela.

Porque es la historia del primer fin de semana en que Violeta y Daniela se quedaron en la casa del papá.

Sin embargo, ahora que el tiempo pasó para todos, la historia del primer fin de semana se convirtió en un recuerdo grato, gracioso. Casi casi divertido.

Empezó un viernes a la noche.

A las ocho de la noche.

Cuando Ricardo tocó el timbre y María abrió la puerta.

—Entrá —le dijo ella.

—No —respondió él—. Espero afuera.

Y en un instante Violeta y Daniela salieron de la casa rumbo al padre.

—Vamos —dijo Ricardo después de dar un beso a cada una.

Y sin decir más, las nenas lo agarraron de las manos y se pusieron a caminar.

Durante más de una cuadra no dijeron ni a. Ni be ni ce ni mu ni nada.

Tomaron un colectivo. Se bajaron. Y por fin se detuvieron ante un edificio.

—Es aquí —dijo Ricardo—. En el quinto piso está mi casa, van a ver qué linda es.

Pero hizo girar la llave y la puerta no se abrió.

Otra vez y la puerta no se abrió.

Una, otra y otra más... y la llave se atrancó en la cerradura, y la puerta de calle no se abrió.

Movió la llavecita lentamente y la puerta no se abrió.

Una vez. Otra más.

Y cuando ya parecía que no iban a poder entrar, un suave movimiento cambió la suerte. Y, como por arte de magia, la cerradura cedió.

—Bueno —dijo Ricardo en la planta baja—. En el quinto está mi casa. Van a ver qué linda es.

Solo que cuando entraron al ascensor y tocaron el botón número cinco el muy gracioso no se movió ni medio centímetro más arriba del piso.

Y allí se quedó quietito. Quietito y mudo. Un minuto, casi dos.

—Bueno —dijo Ricardo sonriente—. No funciona el ascensor.

Diez escalones, veinte escalones, treinta escalones y un poco más.

Llegaron al quinto piso, a la puerta del departamento letra “C”.

—Ahora sí —dijo Ricardo—. Esta es mi casa. Van a ver qué linda es.

Violeta miró a Daniela.

Daniela miró a Violeta.

Y cuando Ricardo las invitó a pasar, apenas tocó la perilla de la luz... “PLIC”, la lamparita se apagó.

—¿Qué pasa? —preguntó Violeta.

—¡No veo nada! —la siguió Daniela.

—Ahora prendo una vela para que conozcan mi casa —aseguró Ricardo—. Van a ver qué linda es.

Revisó los cajones de la cocina.

Por aquí, por allá.

Más arriba y más al fondo.

Hasta que apareció una vela blanca y larga que, con una llamita, iluminó el comedor.

—Esta es mi casa —dijo Ricardo contento—. ¡Van a ver qué linda es!

Pero no bien terminó de decirlo tropezó.

Se llevó por delante el único banquito que tenía y cayó al piso con el plato, con la vela y con la llama, que fue a dar a un almohadón.

—¡Se quema! ¡Se quema! —le gritó Daniela.

Y Violeta, con un puchero amenazante, se escondió detrás de su mochila.

Claro que antes de que el desastre siguiera, Ricardo cargó un balde con agua y al volcarlo apagó el fuego.

—Esta es mi casa —dijo algo sombrío cuando recuperó la vela. Pero apenas la tuvo entre sus manos descubrió que se había equivocado. Y prendió todas las luces de la casa. La del baño, la cocina, y la del cuarto de las nenas.

Porque era una sola la bombita que se había quemado.

Entonces sí.

Con todas las ganas del mundo (las ganas del mundo son millones), Violeta y Daniela pudieron conocer la casa nueva del papá.

—¿Y la mesa? —preguntó Violeta.

—Todavía no hay —contestó Ricardo.

—¿Y las sillas? —esta vez Daniela.

—Todavía no hay.

—¿Y el ropero?

—¿Y una tele?

—¿Y las camas?

—¿Y?

Se hizo un silencio.

—Solo tengo una heladera —dijo Ricardo despacio—. Y un postre de dulce de leche. Y cuatro clavos, un cuadrito, tres colchones, dos vasos, cinco platos, mis libros, una radio, servilletas a lunares, un juego de dados, un camisón para cada una. Y muchas ganas de que estemos juntos.

Violeta miró a Daniela.

Daniela miró a Ricardo.

Y Ricardo miró a Violeta.

Así se estuvieron observando, en silencio, hasta que todas las miradas se cruzaron.